

NAVEGANDO SOBRE LOS CAMBIOS : LA EDUCACION EN LA UNIVERSIDAD BRASILEIRA

Cristovam Buarque

Ex-Rector de la Universidad de Brasilia

Notas de conferencias:

Asistencia técnica promovida por ILPES/ NNUU, para elaborar el plan a largo plazo de la Universidad Técnica, Federico Santa María, Valparaíso/Chile, 28/2/90 - 5/3/90; Encuentro sobre la Gestión Universitaria, promovido por la Universidad Federal de Río Grande del Norte, la Universidad de Quebec, y la Organización Interamericana de Universidades en Natal, 25/04/90; Serie de debates con la Comunidad de la Universidad Nacional de Costa Rica, sobre el futuro de la Universidad latinoamericana, en San José de Costa Rica del 14 al 18/05/89 ; Debate en la Pontificia Universidad Católica de Minas Gerais, el 24/05/90; Apertura de las sesiones de trabajo del IX Forum de los Rectores de las Universidades Estatales Brasileñas, en Mossoro, 31/05/90; Encuentro sobre la Administración de las Universidades en tiempos de cambio, Organización Interamericana de Universidades, Buenos Aires, 30/7/90 - 2/8/90.

evolución hay rupturas. En vez de construir para atender las necesidades de una tendencia predeterminada, se vuelve necesario construir el propio proyecto del futuro.

Muchos síntomas muestran que hoy vivimos uno de esos momentos en que los cambios no se dan solamente en cantidades sino también con nuevas cualidades. En este contexto la universidad no puede escapar de un papel más importante que el tradicional.

Cuando los cambios significaban apenas crecimiento económico y los ajustes sociales y culturales necesarios, a la universidad le competía el trabajo de formar la mano de obra y realizar las investigaciones necesarias para hacer viable este crecimiento y sus ajustes.

Cuando los cambios van más allá, cuestionando el crecimiento económico y exigiendo nuevas fórmulas para el futuro, a la universidad también le corresponde ir más allá. Entender la profundidad y amplitud de los cambios es situarse frente al nuevo mundo de ideas en formación. Para esto la universidad tendrá que seguir dos pasos: entender estos cambios y educarse ella misma para servir correctamente a la construcción del futuro.

Los cambios en el mundo y la universidad

De una manera esquemática, trece son los cambios que parecen darse en el actual momento, en contraposición con el patrón de comportamiento de los últimos siglos.

Introducción

Los cambios en el mundo se producen cada día pero hay períodos en los cuales los cambios se dan de manera diferente. En vez de

De la certeza a la duda

A partir de los iluministas y de la revolución cartesiana, seguida por Locke y Kant, el mundo de las ideas ingresó en un período de culto a la certeza. Esto se consolida con la revolución newtoniana, capaz de determinar con toda perfección las leyes de la Física. Las ideas nacen de la creencia en la certeza y de su búsqueda. Divididos entre empíricos y racionalistas, el proceso epistemológico se dio dentro de una creencia en la capacidad de aprehender con certeza la realidad del mundo.

El mismo Einstein que fue capaz de explicar la relatividad del mundo real, siempre creyó en la posibilidad de que el conocimiento humano se aproximara a las certezas crecientes de esta realidad.

En las Ciencias Sociales, el proceso no fue diferente. Desde los filósofos sociales, como Hume, Locke y otros, las ideas se encaminaban buscando explicar los fenómenos de la sociedad con crecientes grados de certezas. Adam, Smith, Marx, los neoclásicos, los modernos sociólogos y econométristas caminaban sobre la certeza de sus teorías.

El mundo comenzó a cambiar esta visión a partir de los años 20, con las formulaciones de la mecánica cuántica, sobre la indeterminación a nivel del universo microscópico y de las leyes de la incertidumbre desarrolladas especialmente por Heisenberg. Poco después, gracias a los trabajos de antropólogos que desmitificaron el evolucionismo, de epistemólogos que analizaron la insatisfactoria consistencia del conocimiento y, gracias a simples observaciones de las relaciones entre la teoría y la realidad, las Ciencias Sociales, especialmente la Economía que se considera la más desarrollada de todas ellas, pasaron a mostrar crecientes grados de incertidumbre en sus interpretaciones teóricas. Para rematar, las ciencias tecnológicas como la Ingeniería y las Ciencias Médicas, aparte de imprecisas, mostraron que sus soluciones, aún cuando correctas, se situaban apenas a nivel de efectos localizados, sin el menor poder de realizar el

mundo deseado para el cual fueron propuestas. La velocidad con que el mundo real se modifica y cómo el papel de la Ciencia y la Tecnología influye en este, provoca un natural grado de incertidumbre entre todos los observadores de la realidad.

La realidad del pensamiento pasa a ser incertidumbre para todos aquellos que desean entender la realidad del mundo. Desde las creencias medievales para la modernización epistemológica de las certezas, después del renacimiento, el mundo vuelve a un período de convivencia con incertidumbres y dudas en el pensamiento.

La universidad que nace, casi simultáneamente, con las ciudades y con las sustitución de las creencias por la certeza se siente en medio de una nueva ruptura en el comportamiento del conocimiento y en los procesos de aprehensión, pero se niega a aceptarla. Continúa prisionera todavía de la convicción de las certezas aprendidas en los textos filosóficos de comienzo de siglo. En vez de asumir el rico papel epistemológico que hay en la polémica a través de la duda, continúa prisionera de la creencia en la certeza.

De la utopía al miedo del futuro

El sentimiento de la certeza a nivel de las ideas coincidió, no por casualidad, con la creencia absoluta en una utopía en construcción gracias a la Ciencia y la Tecnología. Esta creencia se consolida partir de finales del siglo pasado llegando, a mediados del siglo XX, a su mayor auge.

A final de los años 70, esta creencia comienza a ser puesta en duda. De un lado, por la maduración de los movimientos existencialistas que desde los años 20 ponían en duda los valores del consumismo como proyecto ontológico, y que se manifiestan en toda plenitud con la revolución romántica de los jóvenes en los años 60. Del otro, totalmente opuesto, pero convergiendo, los trabajos de los tecnócratas con el uso de largas y vastas series

estadísticas, de complejos análisis de sistemas y potentes procesadores de datos, llegan a conclusiones dramáticas sobre los límites y los riesgos del crecimiento económico.

Es a partir de entonces, tanto del lado de la frustración existencial como del de las observaciones del medio ambiente, el mundo pasa a constatar la imposibilidad del proyecto utópico basado en el crecimiento económico y en el consumo como finalidades ontológicas. Las drogas, la neurosis, la violencia, el tedio son muestras de las insatisfacciones de los que consumen. La contaminación, la depredación, la desigualdad ponen en evidencia los costos para los que no consumen y para las generaciones futuras.

En el espacio de pocos años, el sentimiento generalizado de utopía es rápidamente sustituido por un sentimiento igualmente generalizado de insatisfacción, incomodidad y miedo al futuro.

Mientras tanto, la universidad continúa igual. Su estructura, su curricula, su filosofía, sus profesionales y sus investigaciones se dan sobre la base de la creencia en el camino a la utopía. El hecho de tener una población de intelectuales, conscientes de los problemas y, de jóvenes, preocupados por el futuro, al mismo tiempo que todos continúan presos del presente, es lo que provoca una crisis de conciencia en la universidad. Donde yo trabajo choca con la inquietud de quienes lo hacen.

La nueva universidad, para enfrentar los nuevos problemas, tiene que tener conciencia plena y renovarse, de manera tal, que pueda ajustar su trabajo a las exigencias de la ruptura con la creencia en la utopía obsoleta, substituyéndola por nuevos objetivos civilizadores. La universidad tendrá que reorientar su participación en el sentido de que, el objetivo social, en vez de ampliar el consumo, debe, después de satisfacer las necesidades, proponer la construcción de una sociedad con una creciente disponibilidad de tiempo libre utilizado en actividades de enriquecimiento cultural. Los propios niveles

de necesidad serían definidos en la medida de que ellos colaboren en ampliar la libertad y el enriquecimiento cultural. La producción de automóviles es un indicio positivo, en la medida en que amplía la libertad; es negativo a partir del instante en que provoca el efecto inverso. Reduce la libertad de movimiento debido a los largos embotellamientos, distorsiona la economía por la canalización de recursos improductivos para resolver la movilidad amenazada, altera la sociedad por la necesaria concentración de capital para posibilitar su demanda. En vez de percibir estos valores permanentes en la ampliación del tiempo libre como meta, la universidad continúa prisionera de los medios, formando profesionales para que continúen reproduciendo el mismo sistema ineficiente.

Del materialismo a una nueva espiritualidad

Esta nueva postura no se sitúa en el materialismo tradicional consumista que sirvió de base al capitalismo y al socialismo real sobre el cual las actuales ideologías han sido edificadas. Por parte de los capitalistas liberales se observa la visión materialista de producción y del consumo como objetivo ontológico. La propia religión sirve de instrumento de engrandecimiento de este objetivo. Por parte de los socialistas, desde Marx, el progreso humano también ha sido visto como sin ánimo del avance de los instrumentos de producción.

Diferenciándose del Capitalismo, en el sentido de que serían necesarias transformaciones sociales, pero subordinadas al proyecto de desarrollo material que, subpropiedad colectiva, continuaría y realizaría en toda su plenitud la finalidad del proceso civilizador.

La realidad de las últimas dos décadas muestra un rápido cambio en la aceptación de esta postura. Los jóvenes, los intelectuales y sectores más amplios de la población comienzan, a partir de los años 20, una búsqueda de nuevos valores en Oriente y en el mundo primitivo. Los artistas plásticos se interesan

por el arte primitivo como hicieran Picasso y Braque con las esculturas africanas. Los filósofos y escritores, como Huxley, Freud y especialmente Jung protegen a los mitos, a los valores permanentes anteriores al materialismo capitalista guardados en el recién descubierto inconsciente. Pero es a partir de la crisis de los años 60, cuando este movimiento se amplía, con el redescubrimiento del Oriente y con la aceptación de nuevas alternativas de pensar.

Occidente comienza a poner en duda su materialismo como objetivo y como método de pensar. Surge una valorización del uso de la intuición, del sentimiento, de la universalidad. Resurge una práctica de la espiritualidad sin complejos de inferioridad. El Holismo se afirma como una práctica intelectual. Sin embargo esta práctica todavía no ha llegado a la universidad. El surgimiento de núcleos de estudios de las áreas alternativas en vez de ser considerados como elementos de creatividad y renovación, son vistos en la actualidad como esoterismo inconsecuente, como una amenaza a la buena imagen de seriedad que tiene la institución.

La universidad permanece de esta manera atrasada en relación a los cambios que ocurren en la conciencia del mundo en transformación.

De la Tecnología sumisa a la sumisión de la Tecnología

Lo que más acentúa la dependencia de la universidad a los medios más tradicionales de pensar, es el hecho de que todavía no ha roto con ese optimismo por la Tecnología. En las últimas décadas, para los pensadores del mundo, la Tecnología pasa, de ser instrumento del hombre para subordinar a la naturaleza, a convertirse en fenómeno que utiliza el hombre como instrumento de un proyecto que parece autónomo. La medicina, la ingeniería y las técnicas en general que, en el siglo pasado y, hasta recientemente, representaban el arma de liberación de los hombres en relación con la naturaleza, desde hace unas décadas demuestran que tienen un rumbo preestablecido al

cual la sociedad y los individuos se ajustan para hacer posible el progreso técnico. A pesar de esto la universidad parece ajena a esta realidad. Continúa colaborando en la producción de armas con la mecanización de características perversas, con la medicina apoyada en la industria de equipos y medicinas. Los técnicos de la universidad no se preocupan en considerar sus trabajos como medio de un proyecto más amplio y que, por lo tanto deben estar subordinados a los intereses sociales. Confunden la autonomía de hoy con la autonomía del siglo XII.

Para adaptarse al momento y sus rupturas, la universidad, más que cualquier otra institución, deberá crear una conciencia que subordine esa tecnología a los nuevos intereses sociales, donde no sea considerada como fin sino como medio de un proyecto liberador.

De la Especialización a un nuevo renacentismo

Una de las causas del apego de la universidad a las formas tradicionales de pensar, presa del pasado, es la visión de la eficiencia de la producción del pensamiento a través de la especialización. Con ella, el mundo de la certeza producía, más rápidamente, mejores científicos, técnicos e incluso artistas y filósofos. Estos reproducían y formulaban más eficientemente las teorías necesarias para construir la utopía del consumo, en un mundo satisfactoriamente materialista, donde cada intelectual era sólo una pieza en una red de producción de bienes materiales y de saber para ampliar esta producción. E incluso, para producir algunos bienes culturales siempre y cuando éstos tuvieran un valor de mercancía, producida para el consumo.

Está claro que esta visión robotizada no produce el hombre que se desea en un proyecto civilizador que sea, al mismo tiempo, eficiente para atender todas las necesidades materiales, y más libre y culturalmente (incluyendo su espiritualidad) más rico. Por tal motivo, se da en el mundo la búsqueda de una nueva

globalidad del pensamiento, una forma nueva de hombre del renacimiento.

No solamente a nivel del pensamiento se vuelve necesario la figura del hombre neo-renacentista. En lo que respecta a las áreas tecnológicas, este renacimiento comienza a ser necesario, no sólo por razones éticas, sino también en la búsqueda de una eficiencia cotidiana mayor. Las técnicas modernas de administración ya entendieron que el ejecutivo bien integrado es capaz de producir más eficientemente, en un momento en que el futuro rompe considerablemente con la tendencia que viene del pasado. Los científicos y los técnicos de los próximos años, frente a las rupturas que se dan en sus ámbitos, tendrán que buscar inspiración no sólo en las teorías que ya estudiaron, sino también en la vivencia que viene de la práctica de las artes, en el entendimiento más amplio que viene del conocimiento y práctica de la filosofía, y en el compromiso ético y político del uso de su trabajo. Surge la necesidad de que el científico y el técnico, para ser más eficientes y competentes en sus áreas de competencia se humanicen, saliendo de la especialización para ingresar en un nuevo renacentismo.

Al igual que la crisis en la creencia de la utopía, la crisis de la especialización pasa por un período existencial, de insatisfacción con los fines para los cuales trabajan y los límites de la forma cartesiana de pensar, pero también de evolución ya que la propia tecnología en su avance fue creando posibilidades inimaginables para hacer posibles este neo-renacentismo. Gracias a la inteligencia artificial, a los mecanismos de comunicación global e instantánea, al acceso generalizado a las obras de arte, todas las condiciones están dadas para que los científicos tengan tiempo libre y acceso fácil y generalizado al trabajo cultural. El hombre moderno, que para avanzar se especializó, dispone de las bases para ser creativo en su campo, eficientemente y con placer, practicando las mismas actividades que el hombre renacentista pudo realizar. Hasta la práctica de escribir cartas, que el teléfono había

abolido, ha regresado con el fax, el cual mantiene el uso de las letras aliado a la simultaneidad de su transmisión.

Recientemente, en una conferencia en la Universidad Nacional de Costa Rica, un asistente dijo que esta propuesta era un regreso a la época de los griegos. "Creo que es un regreso pero a una Grecia capaz de prescindir de los esclavos para llevar a cabo el trabajo de los filósofos, donde los bienes culturales pueden estar al alcance de todos y donde los maestros pueden hablar a todo el mundo por cadena de televisión y mostrar sus obras sin importar a que ámbito pertenezcan.

Esta globalización todavía no se ha dado en la universidad, que continúa optando por una visión anticuada del proceso de la producción del saber, por comodidad de abandonar la forma de pensar de muchos de los profesores y alumnos que allí fueron formados. Como los personajes del cuento de Robert Schokley, que eran polomorfos al nacer pero que, al escoger una profesión, cada una asumía la forma que mejor le permitiera cumplir con un papel y la cual les estaba prohibido cambiar. Con esto, mantiene un cuadro de personas poco preparadas para el presente o insatisfechas con su estado actual y no forma al hombre competente y realizado que el futuro exige y que el presente lo permite.

De la evolución teórica a la revolución del pensamiento

La comodidad de los tiempos de la certeza en el saber y de la confianza en la utopía hizo que la universidad se dedicara, competentemente, al avance teórico en cada área, pero olvidándose de contribuir con los saltos cualitativos del pensamiento.

El profesor universitario, preso de un enorme marco global que parecía funcionar eficientemente, no dedicaba tiempo más allá de las fronteras de su propio campo de interés y, en este campo, tampoco iba más allá de los límites dados por el marco teórico.

La realidad exige una nueva postura. En lugar de teóricos necesitamos pensadores. En lugar de productores de ladrillos aislados, el conocimiento exige aventuras arquitectónicas que rompan con lo establecido.

Sin embargo la universidad no facilita este cambio. Toda la estructura de la carrera académica, todas sus obligaciones están concebidas para dar prioridad y apoyar a los teóricos de buena conducta y para amenazar a aquellos que se atrevan a romper los límites predefinidos.

En estas condiciones la universidad quedará a la retaguardia de la producción del conocimiento que surgirá extra-campus, quedando a la universidad la sola tarea de elaborar, a posteriori, los detalles teóricos de pensamientos formulados atrevidamente fuera de ella. Desaprovechará la gran oportunidad existente y no cumplirá su papel.

Del arrogante desprecio de la naturaleza a la modestia de un neo-antropocentrismo que se preocupe por el equilibrio ecológico

El pensamiento moderno se forma, desde los Griegos, con una visión antropocéntrica arrogante, donde la naturaleza era vista como un elemento extraño que debía ser conquistado. El progreso material a partir de la revolución industrial lleva esta visión al límite máximo de desprecio por la naturaleza.

La universidad se alía a este proceso en el cual todo esfuerzo se da en el sentido de entender para dominar a la naturaleza, transformándola en bienes y servicios a disposición de la sociedad.

La realidad de los últimos años nos lleva a la modestia del hombre frente la naturaleza. Se percibe, sin lugar a dudas, que el proceso económico amenaza sectores fundamentales de la vida sobre la tierra, con riesgos para el proceso civilizador en marcha.

Tal vez ningún otro fenómeno se haya generalizado de manera tan rápida en la conciencia universal, como la preocupación generalizada por el medio ambiente el cual se observa en el mundo desde hace algunos años. Hace menos de dos décadas, esta preocupación existía solamente en unos cuantos humanistas vistos como románticos, reaccionarios y a veces como agentes del imperialismo que querían dificultar el crecimiento de los países en desarrollo. De repente el asunto se vuelve noticia de primera plana. Un militante cauchero muerto se transforma en símbolo universalmente reconocido.

Pero la universidad, como institución, todavía no ha conseguido dar el salto hacia esta nueva realidad de ruptura. Los economistas, los sociólogos, los filósofos todavía no consiguieron transformar una preocupación en una teoría. Peor aún, todavía no incorporaron la nueva preocupación de forma generalizada.

A excepción de la visión especializada de los biólogos del área ecológica, son raros los académicos que dedican una especial atención al asunto.

Incluso los académicos que producen los estudios que dan lugar a la conciencia de la tragedia ecológica, como el MIT/Boston, trabajan como consultores para órganos no académicos, como es el caso del Club de Roma. Todavía no hay una conciencia exacta de los riesgos, una dedicación a la comprensión de los problemas, una nueva formulación de la teoría del valor, que incluya a la naturaleza en una visión que, desde un nuevo antropocentrismo, permita la consideración del equilibrio ecológico como una necesidad del proyecto humano.

Del miedo a la guerra nuclear a la conciencia de otras formas de guerra

La mayor parte de la actual generación de profesores universitarios nació y creció ante el riesgo de una hecatombe mundial como fruto

de una guerra nuclear entre las dos superpotencias. Desde hace apenas unos años, se respira un clima real de distensión, que permite superar el miedo que los acompañó durante toda la vida. En su lugar aparecen otras formas de amenazas que se expanden a nivel internacional o en forma local, pero que alcanza a la conciencia global.

El mundo aparentemente en paz de la guerra nuclear vive el miedo al terrorismo, a la miseria que se expande, a la explosión demográfica, a la represión política, a los trágicos efectos de las guerras localizadas realizadas con modernas armas convencionales, a los efectos de la deuda externa, del caso, del superpoder y de la ineficiencia de los estados y gobiernos, de la inestabilidad política y monetaria y del desequilibrio ecológico.

Pero la universidad todavía no se acostumbra a esta nueva realidad. Sus profesores continúan presos de una visión tradicional, de una distensión no asumida, que todavía no sirve de base para la nueva formulación del concepto de seguridad nacional e individual y menos aún del de solidaridad internacional.

De las fronteras nacionales a un nuevo cosmopolitismo

Dentro del mismo espíritu que prevalece desde la Segunda Guerra Mundial, en lo que se refiere a las fronteras y a los proyectos nacionales, la universidad continúa sin enfrentar el cambio radical que se da en los conceptos de las fronteras nacionales.

El poder de las técnicas modernas, muchas de ellas desarrolladas dentro de las universidades, provoca efectos que van más allá de las fronteras de los países que las utilizan. La construcción de centrales nucleares, grandes industrias, represas gigantes han provocado modificaciones ecológicas sobre el medio ambiente y por lo tanto en las economías de otros países. Surge así una natural integración tecnológica, en un mundo todavía dividido políticamente. Al mismo tiempo la escala de

las unidades de producción comienzan a exigir integraciones del tipo de las que hoy se dan organizadamente en Europa y, en forma desorganizada, en muchos otros países.

La universidad no parece estar funcionando todavía dentro de esta nueva realidad política y tecnológica. En las áreas del conocimiento que deberían dedicarse a la comprensión del asunto, como las ciencias políticas y las relaciones internacionales lo hacen de manera superficial y poco comprometida con el nuevo momento.

Por otro lado, y de forma más obsoleta, muchos continúan defendiendo un proceso de integración condescendiente, parecido al existente a lo largo de todo este siglo, en el cual los países en desarrollo eran considerados como apéndices de las economías metropolitanas. En los cuales, las culturas locales eran vistas con complejo de inferioridad, dentro de una jerarquía en la que todos parecían imitar el comportamiento cultural de los países desarrollados.

En este comportamiento mimético ningún otro grupo ha sido más condescendiente que el de los académicos. A partir de sus formaciones universitarias en los países metropolitanos, los "doctores" regresan con un marcado desprecio hacia las culturas locales en las cuales fueron criados y a las cuales deberían servir.

La internacionalización de las fronteras exige el respeto de las especificidades culturales de cada pueblo, sin detener el lento proceso de uniformización de las culturas nacionales. En caso de que esto ocurra además de lentamente será necesario que haya una incorporación mutua de ventajas, en un mundo donde cada cultura sea igualmente respetada, sin jerarquías. Este cambio necesita que la universidad se transforme ella misma, que se sintonice con la realidad en mutación, comprenda la dinámica y la tendencia que se verifica, dentro de normas y objetivos éticamente definidos.

Del sueño de ser primer mundo al deseo de una nueva modernidad

La visión distorsionada que los universitarios tienen de los países donde ellos

se sitúan, y el deseo intrínseco de distanciarse del sub-desarrollo y caminar hacia un desarrollo al estilo de los países ricos, trae como consecuencia que al regresar a sus países buscan crear islas de desarrollo donde viven o se esfuerzan por destruir las viejas características de sus sociedades en la búsqueda de repetir lo foráneo. Como resultado: el desastre social al que se llegó con la ayuda fundamental de las universidades, lo que trajo aparejada la frustración de no lograr la utopía deseada al mismo tiempo que constataba que los países imitados comenzaban a dudar de la eficiencia de sus propias sociedades. El proyecto de Europa del Este, que muchos de los universitarios defendía, está ahora en busca de nuevas estructuras. Los países desarrollados, al mismo tiempo que experimentan uno de los períodos más largos de crecimiento en la historia del capitalismo, viven los problemas de las drogas, del tedio, del desempleo aunque sea remunerado, de la miseria en ciertos sectores - aunque limitados- de su sociedad, del riesgo del desequilibrio ecológico, y el resurgimiento del racismo como defensa de los privilegios.

A pesar de esto, un considerable sector de la universidad todavía cree y busca ridículamente imitar el éxito pasado de los países ricos, sin entender que este éxito ya no es posible ni deseable y que su lógica viene, en parte, de su fracaso en los países pobres.

En estas condiciones, le corresponde a la universidad situarse como elemento de búsqueda y definición de una nueva modernidad, que no mantenga su sociedad donde está, que evite los errores de la Europa del Este y que no trate de imitar a los países desarrollados. Que, en vez de imitar una modernidad que se muestra arcaica, avance cada vez más en la dirección de un futuro que vaya más allá del futuro del primer mundo.

De la ilusión de la identificación con el pueblo a la conciencia del aislamiento

En los últimos años, mientras reclama la falta de recursos y los salarios bajos, y proyecta

los riesgos de que esta realidad destruirá a la universidad, la comunidad académica no se ha dado cuenta de otro grave cambio que rápidamente viene ganando a cada una de nuestras universidades. Se trata de la tendencia a aislar cada campus con cercas y muros y la creciente tolerancia a la presencia policial dentro del campus, por solicitud de las autoridades universitarias, con el apoyo de sus comunidades. Lo que hasta hace pocos años era visto con horror, repulsión y era hasta una razón para la lucha, se está transformando en un hecho corriente y deseado por muchos, bajo el argumento de que esta es la única forma de defender el patrimonio de la institución contra la violencia y el vandalismo externo.

La policía que, durante la dictadura, invadía la universidad porque ésta luchaba por el pueblo, ahora es solicitada por la misma universidad para defenderla de los ladrones, los marginales, invasores y desconocidos, sin que la comunidad reflexione sobre las causas de este obvio y creciente aislamiento que la universidad asume, físicamente, en relación al conjunto de la sociedad.

De todos los cambios que hoy se producen en el mundo, tal vez ninguno incomode más a la comunidad universitaria que el descubrimiento, en los últimos años, de que ésta se encuentra aislada del pueblo. Tiene intereses diferentes e incluso antagónicos a los de la mayoría de la población de sus países. Y esto no sucede solamente en los países en desarrollo.

En estos países, a lo largo de muchas décadas, la lucha de la universidad se identificaba con los intereses del pueblo, por la soberanía, por el desarrollo científico y tecnológico, por la democracia y la libertad política.

En estos últimos años estos objetivos dejaron de ser los mismos para toda la población. La división radical que segrega al pueblo de la élite brasilera, en la cual se sitúa la universidad, creó contradicciones internas desintegrando los objetivos comunes. La soberanía fue utilizada para defender una industrialización cuyos beneficiarios fue una

pequeña minoría que consume los bienes producidos. El desarrollo científico y tecnológico fue realizado sin consideración de los intereses de la mayoría de la población y su futuro, y muchas veces para lograrlo fue necesario concentrar las utilidades en algunos privilegiados, entre los cuales encontramos a los universitarios. La libertad política no provocó ningún cambio en la estructura social, limitándose a una democracia parlamentaria sin el menor gesto hacia una democracia social. Inclusive, en algunos casos esta democracia puede ser utilizada para evitar cambios a favor de la mayoría de la población. Esto se ve aún más claro dentro de las universidades, donde en nombre de la autonomía y de la democracia interna los currícula son congelados al servicio de las minorías privilegiadas.

En este proceso, comienza a quedar claro que los privilegios de la élite, en la cual se sitúa la universidad, sólo se logran gracias a las desigualdades y a una constante concentración del capital.

En este contexto, los universitarios dejan de luchar por las reformas universitarias porque no desean aproximarla al pueblo, cuyos intereses son opuestos a los suyos. Se dedican a luchas sólo por la obtención de mejores salarios y más derechos, sin modificar los compromisos. Aún sabiéndolo, intentan ignorar que en un país con las características del Brasil estos aumentos de salario sólo son posibles si las masas continúan en la pobreza. La universidad descubre que está del lado de los privilegiados, divorciada de los intereses del pueblo. Pero ella no se contenta cínicamente con esto y entra en una crisis de conciencia. Sus intereses son claramente los de la élite, pero su discurso continúa pronando una dudosa solidaridad con el pueblo.

Para salir de esta crisis, deberá optar por una opción. Asumirse claramente como instrumento de la élite privilegiada, como en Africa del Sur, o escoger un nuevo rol, con todos los costos que ello significa, inclusive el sacrificio de los privilegios.

De los preconceptos terminológicos a las nuevas concepciones

A lo largo de los años, las palabras ganan autonomía, diferenciándose del sentido inicial para el cual cada una de ellas fue creada, surgiendo preconceptos terminológicos. Es natural y tolerable que estos preconceptos se mantenga en la imaginación colectiva. Es lamentable que en una institución dirigida al pensamiento, como la universidad, estos preconceptos también se mantengan. Y es imperdonable que éstos sean utilizados deliberadamente, como elemento de manipulación y de disfraz de la realidad.

La palabra izquierda, que durante un largo período sirvió para definir a los que se resistían al autoritarismo, defendían a la democracia interna en la universidad, estaban a favor del progreso, de la libertad y justicia social, fue apropiada por ciertas personas (aún cuando ahora estas personas utilizan un discurso superado), para evitar un compromiso con las verdaderas reformas que afectan sus intereses de grupo y personales. Un profesional del área médica, un arquitecto, que luchó por la democracia, que luchó contra la dictadura continúa siendo clasificado de "izquierda", a pesar de que, profesionalmente, no tenga el menor compromiso con la búsqueda de una solución para los problemas de la salud y de la vivencia de las masas de su país. En cuanto a esto, un médico que haya estado ideológicamente comprometido con fuerzas represivas, continúa siendo considerado de derecha aún cuando en su trabajo se dedique a los problemas de salud pública.

En su conjunto, la universidad mantiene un preconcepto de los términos sin considerar los compromisos y los resultados concretos del trabajo de su profesor y alumno, ni a los beneficiarios. Se defiende a la universidad de los privilegiados, se defienden inclusive privilegios para ella, pero se lucha contra una dictadura que ya pasó, el universitario reivindica y recibe el título de defensor del pueblo, aunque lo ignore, aunque no luche por

las reformas de la universidad, aunque no cumpla con seriedad sus funciones, aunque evite, por tildarlas de populistas, las tentativas de aproximar la universidad a la población. Por esta razón se expande la idea de que se llegó al fin de las ideologías, cuando en verdad se llegó a la necesidad de redefinir a los actores y las rutas a seguir. Nunca ha sido tan necesaria la creación de una o diversas ideologías para enfrentarse a la construcción de un nuevo horizonte.

Más que a cualquier otra institución, este trabajo compete a la universidad. Pero para ello, es necesario que la universidad entienda que un mundo que cambia no puede mantener vigente en el presente el significado que las palabras tuvieron en un momento anterior. Que pierda sus propios preconceptos; que desnude la realidad, aunque con ello descubra sus propias vergüenzas, en el camino por afirmarse como creadora de una nueva concepción de lo Nuevo, que pasa por la creación de un nuevo lenguaje, por la vuelta al origen semántico de los términos que utiliza.

De la formación definitiva a un reciclaje permanente

Finalmente hay un cambio en el mundo que la universidad, prisionera de un concepto medioeval de formación, todavía no ha captado en toda su plenitud. Se trata de adaptar su proceso de formación a la dinámica de la evolución actual y, seguramente, futura del conocimiento.

A pesar de la clara percepción de esta dinámica, la universidad continua imaginando que el proceso de formación es como la fabricación de un producto terminado. De esta forma, el alumno es percibido como un insumo más que se transforma en profesional y en doctor directamente dirigidos al mercado. Con la innovación vertiginosa del conocimiento en cada área y con la evolución de los instrumentos utilizados por los profesionales, el egresado de la universidad no logra adquirir una formación

definitiva. Vive un permanente proceso de reciclaje o queda rápidamente obsoleto.

Actualmente este reciclaje lo realizan directamente los industriales, a través de cursos especiales o de forma autodidáctica, porque la universidad no entendió o no quiere cumplir con su papel de formadora permanente de sus alumnos y exalumnos. Esta forma de reciclaje genera graves distorsiones.

Por un lado se percibe que muchos de los profesionales formados en la universidad, especialmente los del área de medicina, se están transformando en consumidores de productos tecnológicos, sin considerar la utilidad real de los mismos dentro de un proyecto civilizador al cual la universidad debería servir. Por el otro, los nuevos sistemas del saber alimentados por cursos aislados o por auto-didactismo, pecan por la fragmentada especialización como son adquiridos.

La universidad del mundo en transformación necesita crear dentro de ella una estructura que le permita ser un centro de educación superior continua, permanente para los profesionales de nivel superior.

Del aula a los modernos medios de comunicación de masas

Los métodos educacionales han estado presos, salvo pequeñas excepciones, de la relación directa entre el alumno y el profesor dentro del aula. Esto respondía a una mayor eficiencia en el proceso de transmisión del conocimiento, coincidiendo también con el mantenimiento de los privilegios, al limitar necesariamente el número de aquellos que tenían acceso a la formación educacional creciente.

A partir de las últimas décadas, el desarrollo de los medios de comunicación de masas modifica esta situación. Si por un lado es absolutamente necesario mantener la relación directa entre profesor y alumno en muchas de las disciplinas, queda claro que la escuela puede

disponer actualmente de métodos que son más eficientes en el proceso educacional individual, además de permitir atender a millones de nuevos alumnos. El uso del video y de la televisión, a través de modernas técnicas de programación visual, el acceso a la teleinformática, que permite la comunicación en ambos sentidos, en un diálogo simultáneo entre millares de personas, estableció las bases de una revolución tecnológica de los métodos de enseñanza y de la dimensión potencial del universo de la comunidad de profesores y alumnos. El concepto de escuela ya no tiene motivos para significar al mismo tiempo la idea de centro de estudio y la de lugar donde este se lleva a cabo. El número de alumnos es ahora ilimitado. Se amplió el horizonte de la enseñanza y se facilitó el aprendizaje.

El poder de esta revolución ya es utilizado para el entrenamiento en muchas áreas de la educación y sobre todo en aquellas más especializadas y empresariales.

A pesar de esto, la universidad que debería ser el punto de partida de la revolución en el método de la enseñanza, continúa prisionera de los muros y de los métodos. Se niega a romper con estas ataduras. Es preciso que, sin abandonar la necesaria relación directa con la comunidad, sin caer en tecnicismos, la universidad ponga los nuevos instrumentos al servicio de la educación de cada alumno, y lleve estas enseñanzas a una educación global, como en ningún otro momento fue posible. De no hacerlo, perderá su principal objetivo que es el de educar, de la manera más adecuada, al mayor número de personas interesadas y que cuenten con el potencial necesario. La universidad quedará obsoleta, siendo sustituida, como viene sucediendo, por nuevos tipos de escuela y centros de entrenamiento cada vez más modernos.

Para evitar identificarse con posiciones reaccionarias y al mismo tiempo no trabajar con lo moderno, muchos profesores alegan que los nuevos instrumentos no pueden ser utilizados por falta de presupuesto. Si por un

lado, esta falta dificulta mucho el salto a la modernidad, por el otro, hay universidades que disponen de equipos; hay centros nacionales e internacionales que ofrecen el acceso a los instrumentos más modernos, sin costo alguno y, aún así, continúa existiendo una reacción contra los mismos. La reacción a este salto a la modernidad, se da, en parte, por el miedo y la natural apatía de la comunidad universitaria ante lo nuevo. Pero, también, por la arrogancia con la cual el profesor tiende a verse a sí mismo, como si no tuviera necesidad de nuevos instrumentos. Pero, sobre todo, por un análisis incorrecto que percibe el proceso de modernización como una amenaza al empleo y que lleva a una lucha corporativa inconsecuente, antipopular, reaccionaria y suicida.

La educación de la universidad

La comunidad universitaria brasilera se divide entre los conservadores tradicionalistas y los conservadores revolucionarios. Los primeros creen que la universidad no necesita someterse a cambios. Los otros creen que estos cambios ya fueron hechos. Los primeros creen que no existe una razón para sincronizar la universidad con las necesidades e intereses de la sociedad. Los otros creen que la universidad ya está sincronizada por el solo hecho de que los rectores son elegidos directamente por voto paritario.

Los conservadores tradicionalistas se consideran el alto clero, únicos dueños de la competencia y acusan de populistas a todos aquellos que defienden una universidad comprometida con la realidad del país. Mencionan a las universidades de los países europeos, de Japón y de los Estados Unidos como ejemplos de buenas universidades, sin tomar en cuenta el país. Demuestran con ello que ignoran la historia de la universidad al no entender los fuertes vínculos que estas universidades siempre tuvieron con sus pueblos y naciones. Muestran la incapacidad de analizar, sin perder la universalidad y el cosmopolitismo, las especificidades del trabajo

de cada universidad. Defienden el trabajo académico sólo para ellos, en nombre de una cualidad mal definida, sin siquiera practicarla al nivel que pregonan.

Los conservadores revolucionarios se consideran la vanguardia y dueños de la verdad, acusan a los demás de estar alienados, pero ellos mismos limitan sus compromisos sociales a la defensa de una participación de la comunidad interna en la administración de la universidad. Defienden la democracia sólo para ellos, sin ningún compromiso con el conjunto de la sociedad nacional. Desprecian la necesidad de reformas en los currícula, temas, métodos, y llegan a despreciar la espina dorsal del trabajo académico, dada por la calidad del trabajo que realizan.

El primer grupo sólo se preocupa por su trabajo, como si los límites del mundo y del país no fuesen más allá de las fronteras del recinto universitario. El otro grupo se preocupa básicamente por el nivel salarial y la falta de presupuesto como si todo lo demás, dentro de la universidad, anduviese bien.

Los conservadores tradicionalistas defienden el mantenimiento de la comunidad universitaria como una élite aislada sin compromiso con las necesidades sociales. Los conservadores revolucionarios niegan el elitismo intelectual, masificándose por la pérdida de calidad, con el consecuente desprecio por la sociedad que debería recibir el beneficio de su trabajo. Ambos grupos desprecian al pueblo y a la nación.

Esto tiene una explicación. En Brasil, la universidad, al igual que las otras instituciones nacionales, presta servicio a una parte de una sociedad dividida y dependiente: una mayoría segregada y excluida, y una minoría privilegiada e integrada directamente a los valores internacionales, sometida a una radical segregación. En su conjunto, la comunidad universitaria, de izquierda o de derecha, y la propia institución forman parte del proyecto de una minoría privilegiada con intereses divorciados de la mayoría de la población. Los

conservadores tradicionalistas creen que está mayoría no existe o no merece ninguna atención. Los conservadores revolucionarios creen que ellos son esta mayoría.

En Europa, Estados Unidos, Japón y también en ciertos países subdesarrollados, la existencia de una sociedad con un razonable grado de unidad y de soberanía, permitió a sus universidades estar sincronizadas con los proyectos nacionales. A lo largo de la historia de los Estados Unidos, la universidad, con todo rigor y calidad, ha estado vinculada a los proyectos de desarrollo científico y tecnológico que, hasta cierto punto, dentro de lo posible en el capitalismo, sirve a los intereses globales del país. En Japón esto se da en forma aún más evidente. En Europa, dependiendo del país y del momento histórico, las universidades vivieron momentos de transformación pero siempre canalizando el trabajo hacia el enriquecimiento cultural y técnico del país y del mundo, aún a través de los intereses de las clases dominantes.

En estos países las universidades siempre estuvieron vinculadas a los intereses nacionales, sin ruptura entre la comunidad universitaria y la población en general, salvo en lo que atañe a la competencia intelectual superior que los universitarios tienen la obligación de prestar. Cuando esta situación muestra algún cambio, la sociedad se preocupa inmediatamente, como sucede con la actual tendencia a un continuo aislamiento de los profesionales universitarios norteamericanos en relación con los trabajadores que no tienen el nivel superior de educación. El asunto es denunciado y sus consecuencias analizadas así como sus riesgos: descubrir que no es apreciada; llevó a las clases profesionales a la autoprotección, al aislamiento de sus hijos en escuelas particulares, a la sofisticación y diferenciación a través del consumo.

Lo que en Estados Unidos llama la atención, sucede en Brasil desde la creación de su universidad. Naciendo en una sociedad segregada y dependiente, la universidad será también segregada en relación con su población y

dependiente con relación a los objetivos internacionales, a los cuales la minoría de la población brasilera está integrada.

La situación fue todavía más grave como consecuencia del desprecio de la colonización portuguesa por la educación de sus colonias. A diferencia de las colonias españolas que se beneficiaron con la creación de las universidades, las colonias portuguesas fueron sometidas a un claro proceso de "deseducación" de las masas y con la formación de una reducida élite intelectual desvinculada y, hasta incomunicable, con las masas.

Lo que mantuvo oculta esta realidad fue la existencia de intereses coincidentes entre las élites y las masas nacionales. Es entonces cuando se origina la independencia, la libertad de los esclavos, de la república. A pesar de que muchos intelectuales se mantenían del lado de los grupos reaccionarios, algunos formaron parte de las vanguardias que llevaron a cabo las reformas. Gracias a ello, entre 1920 y 1964, los intelectuales y la universidad recién formada en el país, vivieron el momento de razonable identidad con el pueblo, sin romper con su elitismo segregador.

A lo largo de este período, la nación en formación permitía un nacionalismo, exigía reformas, solicitaba una tecnología. Fué en la década de los 20 que los intelectuales brasileros dieron su mayor contribución para un país integrado.

De los años 30 a los 45 los intelectuales vivieron la misma perplejidad y ambivalencia de todo el país, dividido entre ideologías que iban desde el nacionalismo al entreguismo, atravesando la heroica lucha por la democracia, al mismo tiempo que una convivencia servil con la dictadura. La propia ambivalencia de la dictadura de Vargas forzaba esta perplejidad.

A partir de ese momento y hasta 1964, otra vez la élite intelectual puede mantener sus privilegios, al mismo tiempo que se mostraba como una vanguardia al servicio del pueblo. La lucha por la democracia, por el desarrollo,

por la construcción de una ciencia y tecnología nacional, por la soberanía, eran palabras de orden en los intelectuales, especialmente los estudiantes universitarios, identificados con los intereses de las élites y las masas.

Entre el 64 y el 85 la universidad fue el centro de la vida democrática del país. La universidad era la gran aliada del pueblo, aún cuando recibía todos los incentivos de la dictadura militar, para preparar el marco tecnológico para la formación de una sociedad segregada. Luchando por los objetivos que coincidían con los de las masas, como era la democracia, la universidad escondía su aislamiento en relación con las masas.

Cuando la democracia política llega a una sociedad donde la segregación se había consolidado, la universidad se desnuda. En vez de luchar por una ciencia y una tecnología que busque crear un país soberano y una sociedad social y económicamente eficiente, la universidad lucha por mantener las búsquedas al servicio de los mismos intereses del tiempo de la dictadura y de la sociedad segregada. En vez de luchar por el desarrollo, lucha por salarios específicos a la categoría. En vez de movimiento político, apenas existe la lucha sindical. En vez de la lucha por la democracia en la sociedad, sólo busca la democracia interna; y muchas veces para ser utilizada como protección de los intereses y comodidad de los profesores y alumnos, evitando cambios que pongan la universidad al servicio del país, como suele pasar en los países donde no hay segregación social.

La democracia política no rompe con la segregación y mantiene a la universidad brasilera anclada en una élite económica privilegiada, con intereses culturales y económicos más cercanos al exterior que a las masas locales. En estas condiciones, ella vacila entre sentimientos liberales, pero no acepta perder sus privilegios y termina comprometida con el autoritarismo y la segregación.

En Africa del Sur la universidad de los blancos optó sin ningún remordimiento o

hipocresía por la minoría y aceptó la convivencia con el autoritarismo del Apartheid. En Brasil, la universidad no consigue hacer explícita esa opción, ni dar el salto hacia una etapa nueva de la sociedad.

Ante esta indecisión, que también se sitúa a nivel de toda la sociedad, la universidad brasilera corre el riesgo de desaparecer como institución.

Este fenómeno ya se dio en la Universidad de la Sorbona. La crisis se produjo antes de la revolución. Diderot denunció el gusto por las futilidades escolásticas y consideró a los universitarios de su época contemporáneos a los temas de estudio de Santo-Tomas de Aquino, criticó el prolongado y estéril aprendizaje del latín y del griego, "útiles solamente para un número pequeño de ciudadanos" y ridiculizó la retórica, que llamaba "el arte del buen decir, más que el arte de las ideas". Prácticamente la enseñanza cesó mucho antes de que apareciera el decreto de 1793 que abolía las facultades del país, dejando de prestar servicio a la aristocracia del "antiguo régimen", pero sin conseguir dar el salto hacia la contemporaneidad revolucionaria, la universidad de París dejó así de existir. Como dice Maurice Bayen: la ruina financiera de la universidad se debió a la confiscación de sus fuentes de ingreso.

En la "Historía de las Universidades" coordinada por Amelia Salgado Loureiro, se afirma en la pag. 67 que, "cuando se produjo la revolución, la universidad de París, envejecida y, que desde hacía dos siglos no conocía el movimiento literario o científico, sino para frenarlo y someter poco a poco a su censura privada sus privilegios y sus bienes, se extinguió o mejor dicho se adormeció. No es muy diferente a lo que hoy días sucede con las universidades brasileras.

La universidad está perdiendo privilegios, bienes, recursos y respetabilidad, se está adormeciendo. Ya sea por la influencia de los conservadores tradicionalistas que no conocen la historia de las universidades, y no observan los cambios y exigencias que se producen a su

alrededor; o por la de los conservadores revolucionarios que se acomodan y buscan disfrutar de los privilegios adicionales que les procura la democracia interna que conquistaron.

Exceptuando el suicidio que significa el adormecerse, a la universidad brasilera le quedan dos opciones: asumir y auxiliar la élite brasilera en la construcción de una sociedad explícita, autoritaria y segregadora,- como ocurrió con la universidad blanca de Africa del Sur, cuando a partir de 1960, utilizando leyes de 1950, la minoría blanca implantó un sistema de Apartheid-, u optar por ser un instrumento de construcción de una sociedad integrada, rompiendo con la segregación y construyendo una sociedad soberana eficiente e integrada.

La revista "Time" del día 9 de abril de 1990 describe una visita de estudiantes de la Universidad de Rand, al barrio pobre de Soweto, en un intento por conocer la vida de los habitantes negros. En Brasil, una visita de estudiantes universitarios a los ranchos provocaría casi las mismas reacciones de sorpresa que tuvieron los Sudafricanos, como si estuvieran en un país diferente a aquél donde viven. Con la diferencia de que en Africa del Sur se inicia un proceso de desagregación, mientras que en Brasil el movimiento va en sentido contrario, de lento pero continuo camino a una "Apartheidización". Con la diferencia también de que en el Brasil la universidad ha tenido un discurso hipócrita, progresista, aún cuando defiende los privilegios de la segregación.

Optar por la segregación significa también una forma de incompetencia y la muerte de la universidad. Para crecer con calidad, la universidad necesita de la libertad que es incompatible con una sociedad dividida. No hay futuro para la universidad brasilera mientras no haya futuro para la libertad brasilera. Esto no sucederá si el futuro no contempla una sociedad integrada, caminando hacia la igualdad.

El desafío de la universidad consiste en situarse, por lo tanto, en el contexto de la

sociedad brasilera colaborando en la creación de un pensamiento capaz de ayudar a la construcción de una idea de nación que conquiste su soberanía, organice su sociedad de forma eficiente y camine hacia una integración y creciente igualdad entre sus habitantes.

Esto exige una revisión del comportamiento de la comunidad universitaria, una reformulación de su postura en relación con su trabajo. Exige la creación de un movimiento de renovación universitaria que redefina su papel, su estructura y su método.

Exige, sobre todo, un cuidadoso y largo proceso de educación de la universidad para adaptarla a la competencia necesaria, al futuro de la sociedad brasilera y al papel de la misma en el mundo.

Instrumento de modernización

Todo instrumento social tiene que ser instrumento de modernización de la sociedad en la cual se sitúa. Entre todos estos instrumentos, la universidad tiene el papel principal. Pero más que instrumento de modernización, la universidad tiene que ser también un agente de definición de modernidad. Las facultades y departamentos no pueden limitar sus trabajos pensando en una medicina, una ingeniería modernas, tiene que participar en la definición de lo que significa moderno en el país en que se sitúan, las características específicas de la medicina y la ingeniería modernas.

La universidad brasilera, confinada en la élite minoritaria identificada con los valores y objetivos del primer mundo, le otorgó a la modernidad el mismo significado que se le dio en esos países. Por coincidencia de interés con la élite, se rehusó a asumir el papel de definidora de la modernidad. Concentró en la idea de lo moderno lo que significa imitar a los países ricos. En este proceso renegó los valores culturales locales, se identificó con sociedades y realidades externas, transformándose en un

instrumento de deformación social, ayudando a montar una infraestructura tecnológica capaz de solucionar los problemas de modernización en los países ricos, pero conviviendo aquí sin la menor preocupación por los problemas más simples de la mayoría de la población. Y lo que es aún más grave todavía, fue cómplice con el hecho de que la modernidad fue construida sobre la división y segregación social, a costa del empobrecimiento y el atraso de la mayoría. Compete a la universidad ayudar en la definición de una nueva modernidad. Una modernidad que sea capaz de comenzar por la realización de los objetivos de una sociedad que no sobreviva en la Edad-Media. Una nueva modernidad tiene que comenzar por la abolición del hambre, del analfabetismo, de la falta de educación, de ineficiencia y pérdida de tiempo, con la creación de un hacer constructivo dentro del respeto ecológico.

A la universidad le corresponde el papel fundamental en esta definición y en la creación de los medios necesarios para la construcción de este "Nuevo". Lo nuevo pasa por facultades de medicina donde se obtenga el máximo rigor, calidad y excelencia en torno a programas y curricula que busquen en primer lugar soluciones para las enfermedades de las masas. Lo mismo puede ser dicho de todas las demás áreas del conocimiento relacionadas con la tecnología, arquitectura, ingeniería en todas sus áreas y la educación. Las ciencias, las artes y la reflexión filosófica, aunque independientes del día a día y de lo local, no podrán tampoco -respetando la libertad de trabajo- dejar de participar en el esfuerzo común por la modernidad.

Instrumento de soberanía

A pesar de los discursos nacionalistas de las décadas de los 40, 50 y 60, tal vez ningún otro instrumento de la sociedad brasilera haya tenido un trabajo tan coherente y decisivo de entrega del país, como la universidad.

En un artículo del Jornal do Brasil del 14 de abril de 1990, Claudio de Moura Castro cita a

un PHD tailandés que, al llegar de vuelta a su país, permaneció cuatro meses adquiriendo una formación budista, antes de ocupar los cargos tecnocráticos para los cuales se había formado en los Estados Unidos. Como él, millares de Orientales, en Corea y sobre todo en Japón, están siendo capaces de integrar la formación técnica lograda para la construcción de la eficiencia social con la confirmación de valores locales que definen una ética en su trabajo y una mayor eficiencia, al tomar en cuenta la realidad cultural del mundo donde trabajarán, al cual continuarán perteneciendo y con el que están comprometidos.

En el caso de Brasil, la formación tecnocrática de los Estados Unidos, copiada directamente por las universidades locales tiende, por el contrario, a un repudio total de la cultura nacional aún cuando la estudian como una manifestación folklórica. Con esto crean una cultura aparte, un enclave separado perteneciente a la universidad y la élite aislacionista que la produce. El resultado es trágico a mediano y largo plazo, tanto desde el punto de vista político, sicológico como técnico. Desde el punto de vista político porque esta situación exigirá una creciente segregación del tipo Apartheid. En el aspecto sicológico por la esquizofrenia con que este grupo vive, rodeado de un mundo pero con toda su conciencia puesta en otro distante, para el cual vive, aún cuando dice que lo repudia. Desde el punto de vista técnico, porque esta universidad crea soluciones desvinculadas de la realidad, condenadas por lo mismo al fracaso como viene sucediendo en Brasil con la mayor parte de las investigaciones y formaciones en los sectores tecnológicos.

Una renovación universitaria exigirá una modificación en esta postura. El profesional aprovechándose de su formación en el exterior, debe ser capaz de mejorar esta formación con una vivencia e integración con los valores, los problemas y los objetivos de la sociedad brasilera.

Para esto, la universidad debe estar a la vanguardia de la lucha por una soberanía que

represente traer al país la definición de sus objetivos, el tipo de especialización, de campos de estudio, de soluciones que interesen al país, y no sólo la creación de una ilusión de modernidad que sola y básicamente interesa a la élite en la cual se sitúa la universidad, que funciona como vanguardia de la colonización espontánea de la dependencia, del entreguismo y de la disolución de la cultura nacional.

El compromiso con la calidad

El primer compromiso en cualquier trabajo, especialmente el intelectual, es con la calidad. En la universidad, la calidad además de la seriedad debe ir acompañada de originalidad y de funcionalidad. Lamentablemente, en la medida que una universidad se aísla en una minoría y esta minoría deja de representar la vanguardia, por ser dependiente y haber agotado su proyecto para el país, la universidad pierde funcionalidad y cae en la repetitividad perdiendo la calidad. En las áreas técnicas, la funcionalidad significa la solución de los problemas con mayor eficiencia. En las áreas científica, artística y filosófica significa el avance del saber. Desafortunadamente, muchos de los que intentan defender la calidad insisten en su defensa sin hacer una crítica a la repetitividad y a la falta de funcionalidad de su producto. Si se hiciera un análisis de conjunto de las tesis defendidas en los cursos de Postgrado en las universidades brasileras se percibiría claramente, una constante repetición de los mismos temas, de las mismas respuestas, agregando apenas pequeños detalles entre unas y otras.

La calidad del trabajo universitario exige una redefinición del concepto de calidad, de manera a incorporar, de un lado, la creatividad presente en el ineditismo de cada trabajo, del otro, una concordancia de este trabajo con los objetivos de la modernidad y su contribución con la soberanía de la sociedad.

Esta realidad exige una nueva postura por parte de toda la comunidad. Tanto de los tradicionalistas como de los revolucionarios. Los primeros porque toleran un concepto pobre

de calidad. Los otros por haber, hasta cierto punto, despreciado la búsqueda de la calidad. Para esto no es posible dejar de evaluar el trabajo universitario, ni es posible limitar esta evaluación a los círculos del trabajo universitario. Tampoco puede aceptarse que esta evaluación sea hecha en base a conceptos burocráticos de costo-beneficio, a corto plazo, o con la visión miope de que sólo sirve al pueblo o que resuelve sus problemas inmediatos.

La comprensión de la democracia

Una universidad enclavada en una élite aislacionista, con todos sus vicios e inercia conservadores, sólo se transformará si es abierta democráticamente a un intenso debate. Pero este debate se perderá si la democracia en la universidad es vista como un fin en sí y se mantiene aislada de una búsqueda de participación en la democratización del conjunto de la sociedad.

La visión cerrada de la universidad comprometida solamente con los intereses de la élite minoritaria, llevó a la universidad a caer en una visión deformada de la democracia. Dentro de los mismos moldes que prevalecían en los Griegos, donde la democracia más pura entre los Patricios convivía con la esclavitud o como la democracia parlamentaria entre los blancos de Africa del Sur convive con un absurdo Apartheid en relación con la mayoría negra.

La comprensión de la democracia exigirá la convicción de que la participación interna sólo se justifica como medio para que la universidad se sincronice con la sociedad en general y que su lucha por la soberanía, sea eficiencia y un camino hacia la igualdad.

Reforma del método

Prisionera de una élite imitadora del exterior, la universidad no consigue salir de la repetitividad alienada si se mantiene presa de método de transmisora de la verdad, incompatible con la necesaria revolución en las ideas

que el momento exige. Para que la universidad se renueve, tendrá que realizar muchos cambios en su método de trabajo. De dueña de la verdad y legitimadora del saber, ella debe adoptar un axioma de duda en sus cursos. Al mismo tiempo que rompe con los dogmas, inclusive aquellos que ha importado del exterior en las últimas décadas, debe buscar una convivencia con todas las formas del saber que le son externas y debe llevar su saber a un constante chequeo frente al mundo exterior.

Reforma de la estructura

Para lograr esta renovación, conforme a las propuestas anteriores, será necesario una reforma en su estructura. En las sociedades desarrolladas, donde el sistema social funciona regularmente, la especialización por categoría del conocimiento crea las bases suficientes para la solución de los problemas. El mercado o la planificación se encargan de situar al profesional en el sistema social. En estas condiciones la estructura departamental basta para la formación de especialistas por áreas de conocimiento.

En el caso de Brasil, el nivel de los problemas de la realidad exige que la universidad los enfrente directamente. Es necesario que la estructura universitaria cree mecanismos de enfrentamiento a estos problemas reales que no caben dentro de las preocupaciones específicas de cada departamento. La universidad debe especializarse no solamente por categorías del conocimiento sino también en función de los problemas reales de la sociedad: energía, hambre, educación, etc...

Al mismo tiempo, se vuelve necesario la implementación de estructuras que complementen la formación de los alumnos, de los profesores y de los funcionarios, en el sentido de ampliar el horizonte de preocupaciones e incorporar los valores éticos y el interés por las humanidades en todas las áreas. La universidad de Brasilia, a partir de 1985, inició un proceso de reformas en su estructura a través de la implementación de lo que se llamó universidad

tridimensional, donde cada universitario participa en su departamento de un núcleo temático y de un núcleo cultural. A pesar de que la comunidad universitaria todavía participa de forma limitada en esta nueva estructura, ya es posible decir que ella está consolidada con sus 30 núcleos temáticos y 13 núcleos culturales. Sus buenos resultados se evidencian al constatar que buena parte de lo que ocurre en la universidad se da gracias a los trabajos de esta nueva estructura.

Cabe mencionar también el interés despertado por esta concepción, que comienza a ser aplicada en universidades del exterior, inicialmente en Chile y en Costa Rica, con la asesoría de UNB, patrocinada por las Naciones Unidas, que está traduciendo el texto "En la frontera del futuro- El proyecto de la UNB", en el cual se presenta esta estructura.

La integración con la sociedad

La nueva constitución brasilera transfiere al Congreso las prerrogativas de elaboración del presupuesto nacional. Con esto, la universidad perderá el acceso a recursos que antes obtenía directamente de los gabinetes del gobierno. Al pasar al Congreso, el presupuesto incorporará necesariamente, con todas las consecuencias positivas y los riesgos, los intereses de los electores. Las universidades se verán obligadas, debido a esto a una sincronización con la opinión pública o perderán el acceso a los recursos que necesita.

La conciencia de la necesidad de su integración con la sociedad deberá darse necesariamente si la universidad brasilera quiere evitar el destino de la universidad francesa después de la revolución de 1789. Al mantenerse la democracia en el país, las crecientes aspiraciones de la población llevarán, en los próximos años y décadas, a una exigencia de hacer más pública la universidad, lo cual no se logrará ciertamente a través de un sistema privado. Con la privatización, la enseñanza será vista como una inversión lucrativa en un período más corto de tiempo. En consecuencia,

la universidad privada tendrá que optar por estructura, programas y curricula vinculados a los intereses de la minoría privilegiada que podrá remunerar mejor a los profesionales que invierten en el pago de sus cursos.

Pero, por otro lado, la actual estructura de las universidades estatales no cumple el nuevo papel si ellas continúan siendo estatales pero al servicio privado. La universidad estatal con su democratización, pero sin una reformulación, llevará a la élite a abandonarla, creando una universidad privada con clara opción para la minoría, para la formación superior de sus hijos. Esta solución, a su vez, sólo podrá mantenerse si es hecha como una opción autoritaria para toda la sociedad.

La alternativa se encuentra por lo tanto en la consolidación de la enseñanza superior estatal, siempre que el compromiso público está presente en ella.

Muchos entienden por universidad pública aquella que es estatal, por compromiso con la sociedad, la creación de mecanismos que permitan el ingreso de jóvenes de los sectores más pobres a la universidad, independientemente de si están o no calificados. Esto es fruto de la limitación con que los conservadores revolucionarios miran a la universidad, sin tener el menor deseo de que ésta cambie y ofreciendo apenas a ésta un cambio de alumnos. La integración de la universidad a la sociedad no se llevará a cabo automáticamente a través del ingreso de una parte de la sociedad a la universidad, pero sí, de la universidad a la sociedad. La universidad no debe ser vista como una escalera social de sus alumnos, sino como una escuela de servicio de calidad para todos, sin ver solamente a los alumnos como sus beneficiarios sino también al conjunto de la población en general. La idea de que es necesario no seguir elitizando el ingreso a la universidad, masificando la enseñanza, niega el papel social de ésta, que se debe elitizar su nivel intelectual, masificando los beneficios por el servicio de los profesionales. Por lo tanto, la integración de la universidad debería darse a través de la definición de sus priori-

dades, de la reforma de sus cursos y del compromiso de sus alumnos en la búsqueda de soluciones para la construcción de una sociedad moderna, competente y al servicio de su población.

Más allá de esto, a través también de un intenso trabajo de extensión. La UnB ha llevado este trabajo de extensión a través de la creación de núcleos permanentes de extensión en todo el territorio de Brasilia. Más aún, por medio de un gran programa de enseñanza a distancia, en cursos diversos y, no necesariamente universitarios, a través de los cuales la universidad se aproximará e influirá en la formación de grandes sectores de la población. Para la realización de este programa, la UnB dispone de un centro específico de enseñanza a distancia y existe el propósito, por parte de las otras universidades, de crear un centro interuniversitario que reuna el conjunto de las actividades de la enseñanza a distancia de todo el país.

Esto exige una educación de la universidad para el uso de las modernas técnicas de comunicación de masas. No se trata con esto de poner fin al recinto universitario, sino de incluir en cada una de las universidades un sistema interno de modernas técnicas y llevar sus enseñanzas a áreas actuales y novedosas donde esto sea posible y, a un número de alumnos superior al actual. En algunos países esto ya comienza a ser ejecutado a través de la enseñanza a distancia, en universidades especiales creadas para tal fin. Tal vez no sea esta la mejor alternativa. Lo ideal sería que las mismas universidades que continúan con sus cursos dentro de su recinto, tuvieran de una forma aislada o en bloque programas de enseñanza a distancia

Estos cursos no deben ser considerados en lo inmediato como sustitutos de los cursos de bachillerato o licenciaturas normales. Deben servir por el contrario para complementar la formación de exalumnos y para llegar al conjunto de la población con programas de enseñanza a distancia. Además de cumplir su papel educacional de forma amplia y moderna, la universidad reducirá la presión que recibe

por parte de los alumnos que desean cursos rápidos y deben someterse a cursos académicos, cuyos costos son altos. Sería posible de esta manera multiplicar por centenares de veces el número total de alumnos y elevar la calidad de los cursos dentro del recinto universitario.

Convivencia con el caos social

Después de décadas cumpliendo su papel dentro de una sociedad organizada bajo el autoritarismo político, incluso sufriendo la represión, la universidad mantuvo un orden administrativo. Cuando el autoritarismo desaparece y surge la posibilidad de una actividad democrática, existe obviamente el riesgo de un caos social y administrativo en el gobierno. A pesar de esto, la universidad en vez de convivir con esta realidad prefiere reclamar y lamentarse. En vez de ello, es preciso acostumbrarse con la situación y sacarle partido.

Al convivir con el caos social y administrativo del gobierno, la universidad dispone de una brecha para ejercer sus reformas y experimentar su creatividad.

En vez de temer y lamentar esta situación, debería aprovecharse de ella, dejando a un lado el convencionalismo al cual estaba condenada y tratar de funcionar sin un presupuesto fijo, salarios y recursos, y al mismo tiempo con el potencial de una sociedad sin respuestas inmediatas, sin normas rígidas y sin rutinas.

La educación de la universidad

Para que estas reformas se lleven a cabo, la universidad tiene que someterse ella misma, a su educación. La universidad brasilera de hoy día esta viciada en un sistema social, en un proyecto nacional y en una dependencia cultural que la imposibilita de asumir su papel de pensadora del futuro de la nación y de la humanidad, a partir de su propia nación. Los próximos años serán años de formación de una nueva universidad o de su extinción, ya sea por un revolucionarismo vulgar o por un reaccionarismo segregador.

Probablemente, los mayores enemigos de esta educación serán los universitarios: profesores, alumnos y funcionarios. Los dos primeros por estar especialmente prisioneros de privilegios sociales o de una comodidad intelectual que no van a querer perder. Los otros, desvinculados del trabajo intelectual, pretenderán utilizar el proceso democrático más como forma de obtener más privilegios que de ayudar a la universidad a avanzar hacia nuevos compromisos.

A pesar de todo, hay razones para ser optimista. La propia conciencia de la crisis hace de la universidad la institución social en mejores condiciones, en Brasil, para dar un salto desde su postura segregacionista hacia una nueva posición de integración, dentro del conjunto del país; de apegarse al presente para un compromiso con el futuro; ir de una visión dependiente hacia la formulación de un pensamiento nacional consistente con la evolución internacionalista que todos se proponen.